

SIMPATIAS Y DIFERENCIAS

POESÍA MEXICANA 1950-1960. Hace veinte años, Borges, agredido compilador, recordaba que ningún libro es tan vulnerable como una antología de piezas contemporáneas y locales, y que las posibilidades teóricas de una recopilación eran la enciclopedia china que recoge todas las obras de todos los autores o la *memorabilia* que omite las composiciones íntegras para ofrecer resúmenes, excerptas, fragmentos.

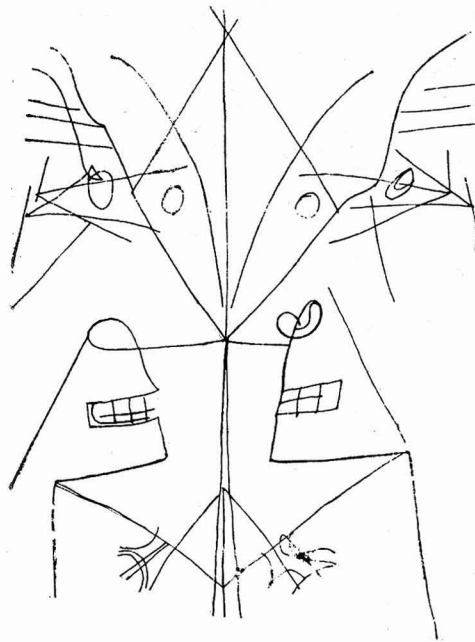
Max Aub ha desdeñado ambas creencias; prueba de su interés y amor por México y por lo mexicano es la Antología de 372 páginas que compiló para la editorial Aguilar. El libro se bifurca: en la primera sección incluye a los nacidos en este país; la segunda, a los hombres del éxodo, a los españoles y sudamericanos que han dado a México parte de su obra. La antología es una buena introducción a la riqueza y al vigor de nuestra lírica, especialmente si se considera su utilidad para el lector extranjero. Los acostumbrados a la aventura poética tendrán en un solo volumen los mejores poemas que se han escrito en diez años de vida mexicana. Si el prólogo es controvertible en algunos de sus detalles, la selección de los poetas y los poemas es minuciosa e inmejorable. Los textos escogidos de nuestros más altos poetas dan idea de su dimensión y de los caminos que han seguido y seguirán sus trabajos. Más breves, pero no menos valiosos, son las páginas que representan a los jóvenes cuya madurez será inmediata. Junto a ellos, nada más justo y necesario que figure el grupo de españoles y sudamericanos de México. La antología atraerá la atención que merece la poesía mexicana y, en lo futuro, será la constancia de uno de los mejores momentos en nuestras expresiones literarias.

LOS OLVIDADOS. El diez de marzo se cumplieron doscientos años del nacimiento de Leandro Fernández de Moratín. Ninguna revista tuvo espacio para conmemorar el doble centenario. Amigo de Goya y de Goldini, traductor de Shakespeare y Molière, partidario de los franceses durante el reinado de José Bonaparte, Moratín vivió el esplendor del neoclasicismo al lado de los fabulistas que imitaban a Fedro, Esopo, La Fontaine; de Fray Benito Jerónimo Feijoo (*Teatro crítico universal*) y el singular jesuita Padre Isla que en su *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes* combatió la exageración barroca, el estilo crespado, entreverado de latín y griego que solían emplear los predicadores religiosos. Los escritos de Moratín satirizan los vicios introducidos en la poesía castellana y la necedad de los poetas aferrados al culteranismo. Lo único que hoy podemos leer sin gran fatiga es su producción dramática: *La comedia nueva o el café*, *El sí de las niñas*, que inaugura la buena prosa escénica en las letras castellanas posteriores a *La Celestina* y *La Dorotea*. Sus sonetos y epístolas, sus versiones de líricos latinos son, por desgracia, curiosidad o documento, letra muerta, olvidada.

UNA PALABRA PARA LOS VENCIDOS. La edición norteamericana de *Life*, nerviosamente secundada por *Selecciones* han propalado un artículo de Paul O'Neil acerca de los *beatniks*, la

nueva generación perdida que hasta hoy no cuenta con ningún escritor del tamaño de Faulkner, Dos Passos o el primer Hemingway. Como nadie ignora, los *beatniks* pueblan ciertos barrios de San Francisco y Greenwich Village en Nueva York y prefieren el gusto por el jazz y la mariguana, al mal sabor del mundo que nos tocó habitar. Han creado su propio dialecto, su mitología, su vestuario, su peculiar manera de transitar por una vida que día con día anula las mejores posibilidades del ser humano. Su respuesta a nuestra época violenta escandaliza a la poderosa clase de la que es miembro Mr. O'Neil, quien después de compadecer a los *beatniks* por vivir en la pobreza en tiempos de abundancia y de felicidad infinita, afirma: "Cien millones de 'conformistas' se preguntarán: —¿Qué hemos hecho para merecer tal cosa?"

ETIMOLOGÍA Y TAUTOLOGÍA. Si en principio *beatnik* fue sinónimo de golpeado, de vencido, en el más reciente testimonio de esta generación (*The beats*, Gold Medal Books, marzo de 1960, 224 pp.). John Clellon Holmes da al vo-



cable una connotación de beatitud, no de derrota. Allí se incluyen numerosas pruebas del talento de un grupo enemigo de la disciplina estética. En los meses finales de 1959 apareció otro *pocket-book* (*The beat generation and the angry young men*, Dell publishing, 416 pp.) en el que figuran también los jóvenes ingleses. Menos superficiales, inteligentes, entregados a su oficio, han comprobado un verdadero talento y una actitud de ira, crítica, revisión frente al arte y la política de Inglaterra. Basta el examen del libro de Colin Wilson (nacido en 1931) *The outsider (El desplazado)*, para advertir la seriedad que anima y da sólidas causas a la rebeldía de estos jóvenes que contemplan la decadencia y caída de uno de los imperios más poderosos de la historia.

EL NOVELISTA Y SU AMBIENTE. Claude Couffon, el crítico francés que mejor conoce la literatura mexicana, publica en *Cuadernos* (mayo-junio) una entrevista con Carlos Fuentes. En su pri-

mera novela, *La región más transparente*, Fuentes se propuso contar el surgimiento de la burguesía mexicana, escribir una biografía de la gran capital, inventar literariamente el México sin rostro, la parte sombría de nuestra nación. En las cuatro novelas que integran el ciclo *Los nuevos*, se opone al orbe esclerótico de su libro anterior, el mundo de los jóvenes que buscan nuevas formas de libertad y creación, desenajados de las presiones que sobre la vida personal del mexicano ejerce el clero y la influencia norteamericana. Todo ello desemboca en el problema universal de la responsabilidad, la inocencia y la culpa. Finaliza el coloquio con esta declaración de fe del joven narrador: "Al fin y al cabo la literatura es la respuesta, piadosa o enfurecida, a la soledad, la miseria, el odio y el terror que separan a unos hombres de otros."

MÉXICO Y SUS POBLADORES. Unas semanas antes de que se realizara el censo de población, Gilberto Loyo, ex ministro de Economía, ligado al registro de los habitantes y sus actividades desde 1940, publicó un libro: *La población mexicana (estado actual y tendencias) 1950-1980*. De allí son estos datos reveladores: Cuando Humboldt visitó nuestro territorio, poco antes de la Independencia, poblaban México seis millones y medio de habitantes. En 1846, víspera del conflicto con Estados Unidos, un millón más de hombres se añadía a la cifra anterior. Al terminar la guerra de Reforma y la ocupación extranjera los mexicanos sumaban más de ocho millones. Estos informes casi empíricos terminarían durante el porfiriato, cuando se realizó el primer censo general. La Revolución encontró elementos, aliados, enemigos e indiferentes en los 15 millones de seres que alrededor de 1910 pisaban nuestra tierra. En el censo de hace diez años fuimos 25 millones 800 mil, y si los cálculos de las Naciones Unidas no están equivocados, hoy somos 34 millones 200 mil. En 1980, augura Loyo, poblarán un México nuevo que ya comienza a integrarse 64 millones de contemporáneos y descendientes de quienes el ocho de junio respondieron a la involuntaria curiosidad de los censos.

JUICIO AL VERDUGO. Capturado y confeso, Adolf Eichmann, el esbirro de Hitler que en buena parte es responsable del exterminio de seis millones de seres humanos, va a ser juzgado en Israel, doce años después de que sus cómplices se encontraron con la justicia en las horcas de Nuremberg. Los grandes diarios mexicanos hospedan consternados artículos que piden piedad para quien no la tuvo con los inermes, con los inocentes. Más allá de su insignificancia personal, de su servidumbre a la maquinaria del nazifascismo, Eichmann es hoy el símbolo de todo lo que debemos combatir. Sus fiscales, sus jueces, sus increíbles defensores deben pensar no sólo en Auschwitz y Buchenwald; también —nos recuerda *France Observateur*— en que el racismo, bajo todas sus formas, intenta ahora una nueva ofensiva. La suástica infamó los muros de Europa y América al comenzar el año; la segregación racial cobra cientos de víctimas en África del Sur y el Congo Belga; en Argelia —a pesar de los textos y pretextos de Malraux— hay una guerra que no se atreve a pronunciar su nombre.